

tro suelo el problema obrero, la lucha entre el capitalismo absorbente y mezquino y el operario mal remunerado y sufrido, aunque no con los caracteres que presenta en los grandes centros fabriles de Europa, y ya la opinión pública principia a preocuparse por estas cuestiones y a interesarse por las reformas sociales. Apenas se han sentado las bases de la legislación obrera, con la ley sobre reparaciones por accidentes del trabajo y sobre seguro colectivo obligatorio, un poco deficientes, pero que ya han empezado a producir magníficos resultados en las grandes empresas industriales; a estas leyes de vital importancia se agrega la que dispone la construcción de habitaciones higiénicas, que, merced a los esfuerzos de esta progresista Municipalidad, presenta hoy a los obreros de la capital la ocasión de mejorar un poco su vida tormentosa y resignada. En vez de las viviendas malsanas que a fuerza de privaciones han venido ocupando, en vez de esos tugurios infelices, sin luz, sin aire, sin alegría, se les ofrece hoy, en condiciones muy favorables, un grupo de habitaciones modestas, pero sanas, que representan en parte las contribuciones que ese mismo pueblo ha venido pagando, para el sostenimiento del servicio administrativo.

Pero es preciso que la acción legislativa no se limite a estos primeros pasos en bien del obrerismo; cursan en las Cámaras algunos proyectos de suma importancia, tendientes a mejorar la condición de los obreros en las empresas oficiales, en las fábricas y en los talleres, como el de creación de la Oficina de Trabajo, de participación de los factores o empleados en las utilidades de los negocios, el de vacaciones remuneradas en días de fiesta y algunos otros que es necesario agitar, para que sean pronto leyes de la República. De manera que se siente hoy un movimiento de simpatía de parte de los legisladores hacia la solución de los problemas sociales, que será en extremo beneficioso para el progreso nacional, si se lleva a la práctica sin pueriles temores, y si a la acción oficial corresponde, por parte de los trabajadores, su esfuerzo propio, individual y colectivo, en defensa de los intereses gremiales.

Ese esfuerzo de los laboradores por sus propios intereses debe encaminarse, especialmente, a la fundación y al fomento de las sociedades de mutualidad y de cooperación, labor gremial en que se olvidan las divisiones partidaristas, para buscar solamente la solidaridad obrera, el compañerismo de esas fuerzas vivas creadoras de riqueza, con la mira inmediata de procurar su bienestar social y su mejoramiento económico, y con el noble empeño de contribuir de esta manera al progreso local y al engrandecimiento de la Patria.

Digna de aplauso es la labor del Concejo en la realización de la Ley 46, aplauso que hago extensivo a la Sociedad de Construcciones, que ha secundado esa iniciativa, y a los arquitectos, de la Cruz y Pérez, que han

dirigido la obra. Es de esperarse que los nuevos ediles se esfuercen por continuarla, pues la higienización de la vivienda conforta el ánimo del trabajador, vigoriza su cuerpo y le da bríos para procurar su higienización espiritual, su perfeccionamiento moral e intelectual.

«La cuestión de las habitaciones—dice don Adolfo Posada—es, sin duda, capital en este movimiento de reforma social que agita al mundo: una casa alegre, aireada, con vistas risueñas, es la condición de una vida equilibrada, racional, de una vida que puede concentrarse en la familia, para irradiar luego, con influjos de paz y de concordia y de amor al prójimo, por todas las clases sociales. Nada puede sugerir, nada sugiere, de seguro, el odio de las clases, la oposición de intereses, la lucha, como el contraste entre el palacio suntuoso, de lujo espléndido, y la pocilga inmunda, que tan a menudo presentan las aglomeraciones urbanas, o sencillamente, las barriadas que se construyen alrededor de una fábrica, muy cerca de la morada señorial del director y alto personal de la empresa. ¡Qué ideas de lucha, de odio, de indignación con la propia suerte no tienen que engendrar las espontáneas comparaciones entre las respectivas posiciones sociales, que de la contemplación de ese contraste violento nacen sin remedio!»

El gran conflicto europeo que terminó con el triunfo de la libertad sobre el imperialismo, y que dejó anegadas en sangre y empobrecidas las más ricas e industriosas naciones del Viejo Mundo, ha venido a producir entre nosotros—como en todos los pueblos nuevos cuyo desarrollo económico está subordinado al rodaje de los grandes países productores—un desequilibrio de orden económico que afecta hondamente los sentimientos colectivos de expansión y de defensa social. Ese equilibrio social, base de la igualdad y de la fraternidad que simboliza la bandera de toda democracia, se obtiene con reformas legales que mejoren la condición social de los trabajadores. Esa agitación no envuelve un peligro para el orden, sino que entraña aspiraciones legítimas de renovación y de progreso que es preciso atender. Mirémosla con simpatía y no con recelo; prestémosle nuestro apoyo moral, como hermanos, como ciudadanos de una verdadera democracia.

Esa agitación social no es amenaza, sino un grito de angustia de los desheredados de la fortuna: es la voz de una legión, y a esa numerosa legión podemos aplicar el concepto de Fernández Ardavín:

«Horda vandálica la llaman—los que arraigaron en la vida bien,—y áurea esperanza, los que sufren—pluma en la mar—el desigual vaivén».

He dicho.

(El Tiempo, Bogotá).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

A propósito de elecciones

... Hoy el secreto del voto está en la ley. Mas no está en la práctica, sobre todo en los distritos rurales. Las papeletas se distinguen tan perfectamente—no lo descuidan los caciques—, que los interventores suelen ir apuntando los sufragios que, a favor de uno u otro candidato, se van emitiendo durante la votación, sin necesidad de esperar a que llegue el escrutinio.

—Esa papeleta es la conciencia; pero esta otra es el pan—decía un labriego la víspera de las elecciones, pensando en las represalias caciquiles a la hora de los repartos vecinales.

—No importa—le replicaba el médico, espíritu independiente—; tomas la papeleta del pan, tachas así, con una línea fina, el nombre que lleva impreso, y escribes sobre él con débiles trazos ese otro nombre que te dicta la conciencia.

Y al decirlo, el doctor lo iba ejecutando con su estilográfica...

—Muy bien, muy bien, Don Fulano: deme esa papeleta, así enmendada, y yo le aseguro que mañana la encontrará dentro de la urna.

Al otro día, el campesino, con una papeleta en la mano, halló a su amigo el médico a la puerta del colegio electoral.

—¡Ay, Don Fulano!—díjole en seguida—. Me ha de perdonar, pero yo no puedo, no puedo votar aquella papeleta que usted me dio...

Entró luego el buen hombre, depositó su hojita doblada, y salió cabizbajo del local. Al hacerse después el escrutinio apareció, no obstante, la papeleta en cuestión. El labriego había cumplido su palabra. «Mañana la encontrará en la urna». Pero, ¡lo que hubo de discurrir en su recelo lugareño para asegurarse el secreto del voto!

¿Remedios más hondos, generales y decisivos? En primer lugar, todos los que den a los hombres independencia económica, porque la mitad del vasallaje es pobreza. La otra mitad es ignorancia. Aumentando la enseñanza, los medios de comunicación, el contacto con la vida moderna, se van destruyendo los feudos políticos. El caciquismo vive de la falta de opinión cívica. Contra el caciquismo, nada en definitiva sería capaz mientras no se susciten fuertes, sanas, generosas corrientes de opinión pública. No nace de la política el caciquismo, sino de la ausencia de verdadera política. Donde hay ideas, discusión sincera, pasión por los problemas nacionales, no encuentran terreno en qué arraigar los caciques. Sólo desaparecerá completamente el caciquismo allí donde al organismo social se le dé un espíritu, un alma; allí donde se formen una conciencia pública y una voluntad colectiva. El caciquismo, en el fondo de sus turbias lagunas, se escapa a través de todas las redes, pero muere, como el pez en el aire, en un ambiente de cultura y de libertad.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).